

**Roberto Ponce Cordero**  
Universidad Nacional de Educación  
roberto.ponce@unae.edu.ec

## **Reseña. Ainhoa Vásquez Mejías (ed.). *Narcocultura de norte a sur. Una mirada cultural al fenómeno del narco* (México D.F.: Literatura y Alternativas, 2017)**

En su nuevo y fundamental *Narcocultura de norte a sur*, publicado el año pasado por Literatura y Alternativas en Servicios Editoriales del distrito federal mexicano con el aporte de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), el Centro de Investigaciones sobre América del Norte (CISAN) y la Universidad Autónoma de Chihuahua, la investigadora chilena –pero radicada en México– Ainhoa Vásquez Mejías, experta en temas de violencia de género, feminicidio y narcotráfico, reúne y edita una serie de artículos surgidos de las ponencias presentadas en el contexto de un coloquio realizado en noviembre de 2016 en el CISAN de la UNAM. En este coloquio, titulado también, como el libro, “Narcocultura de norte a sur”, se pretendía, de acuerdo a Vásquez Mejías en la introducción, subrayar en carácter nacional, que no únicamente fronterizo, del fenómeno del narcotráfico y de sus repercusiones en el tejido social de todo el territorio de México, así como enfatizar incluso el hecho por otra parte indudable de que la narcocultura, definase como se defina, “ha extendido su influencia a otras partes del mundo” (VII) y es hoy parte más o menos evidente, y más o menos reconocida, de cómo vivimos y morimos.

Digo “definase como se defina” porque, como apunta la misma Vásquez Mejías a renglón seguido, la comunidad académica dedicada al análisis del narcotráfico y de sus diversas expresiones en clave culturalista dista de haber llegado a un consenso, así fuera preliminar, sobre el objeto de estudio seleccionado (parcialmente debido a la relativa novedad del fenómeno como tal) y, sin embargo, al igual que todo sujeto situado en las coordenadas geográficas y temporales de nuestro subcontinente en su estado actual, entiende de manera intuitiva y *grosso modo* de qué se habla cuando se habla de “narcocultura”:

La manifiesta intención [del coloquio] era llegar a ciertos acuerdos. ¿Qué es esto que se dice es narcocultura? ¿Podemos hablar de narcoliteratura? ¿Y si lo unificamos todo y nos referimos a una literatura de la violencia? En este mismo libro podemos ver que ese objetivo no ha sido cumplido hasta ahora y que todavía no podemos ni siquiera definir líneas comunes para hablar de narcoliteratura, qué incluimos y qué dejamos fuera en un corpus tan extenso. Claramente, tampoco hemos logrado ponernos de acuerdo sobre si llamar a esto narconarrativas, narcoficciones, narcoliteratura, literatura de la violencia, literatura del norte o literatura del crimen organizado, y quién sabe si en los próximos

Roberto Ponce Cordero

años surgirán nuevas terminologías clasificatorias que dificulten aún más la posibilidad de consenso.

Optamos, entonces, por comprender la noción de narcocultura como un todo extenso que abarca muchos productos culturales: literatura, música, arte, cine, arquitectura y televisión. Y coincidimos en un punto importante: este es un tema que nos interesa y aunque no tengamos respuestas sólidas queremos seguir buscando. (pp. VII-VIII)

Este libro constituye, en efecto, un verdadero testamento de ese querer seguir buscando, amén de un conjunto por demás heterogéneo de diferentes vías y de diferentes artefactos existentes en el contexto de esa búsqueda. Así, en el prólogo del volumen, escrito por la crítica literaria Nattie Golubov, se hace una distinción entre “el género policiaco que se ha globalizado en el sentido de que en cada lugar se adapta para reflexionar sobre circunstancias locales” y la “narconarrativa” que, a decir de Golubov, “da cuenta de la dinámica misma de la globalización al conectar lo local e individual con lo colectivo y lo supranacional” (p. XIV), mientras que el historiador veracruzano Arturo E. García Niño, en sus “Postales para un reaceramiento autocrítico a la narconarrativa”, pone de relieve las continuidades que existen entre “narrativa escrita para ser cantada”, como la de los corridos y de los narcocorridos, y la “narrativa escrita para ser leída” o, incluso, “la narrativa escrita para ser puesta en imágenes con sonido” (p. 38). Por su parte, la literata Diana Palaversich, en su estudio de la novela *Contrabando* de Víctor Hugo Rascón, afirma que esta “gran novela del narcotráfico, esa cuya ausencia lamenta la cultura canónica” (p. 60) se destaca porque problematiza, “por un lado, la cuestión de la posición ética del escritor frente al material que presenta; por el otro, la búsqueda de un género literario idóneo para captar la magnitud del efecto del narcotráfico en la vida individual y colectiva del país” (p. 58), al tiempo que el investigador Felipe Oliver, en un esclarecedor ensayo sobre la construcción de la narcocultura por medio de la música y de la adaptación de clichés hollywoodenses, concluye que “la música y el cine parecieran disputarse el modo idóneo de narrar el narcotráfico” como “propuestas que más allá de los lenguajes que utilizan o de las referencias intertextuales que reúnen, discurren por cauces editoriales disímiles por no decir antagónicos” (p. 75). El crítico colombiano Alberto Fonseca, en cambio, analiza en profundidad la novela *El testigo* de Juan Villoro, que, en su opinión, “narra la imposibilidad de dar un veredicto único sobre la historia reciente”, ya que la “realidad mexicana requiere la adopción de distintos puntos de vista y la inclusión de varios testigos a la narrativa única que se construye desde el centro del país” (p. 94), amén de que reflexiona “sobre el pasado de México, la guerra cristera y una serie de comparaciones con el presente de una nación en la que la superstición, la religión, la admiración por el bandidaje social y la política se han adaptado a la presencia de los cárteles de la droga” (p. 95). En esa misma línea de relacionar el presente narco con el pasado histórico mexicano, que incluye la guerra cristera pero también, y prominentemente, la Revolución Mexicana, trabaja el escritor mexicano Ramón Gerónimo Olvera, quien compara productivamente la clásica novela *Cartucho* de Nellie Campobello (1931) con la narconarrativa *Fiesta en la madriguera* de Juan Pablo Villalobos (2010) a través de las convenciones de la narrativa infantil:

La infancia es el espacio de la ensoñación, donde las palabras y las cosas danzan en armonía, donde basta un pedazo de papel para convertirse en avión, donde nace la risa gratuita. ¿Qué hay cuando este paraíso protegido y tutelado se contamina con la guerra? Es la gran pregunta que formulan ambos libros. Uno, como se dijo, desde el bando de la revolución mexicana donde los combatientes son identificables y se supone que tienen

un sustento ideológico y otro, en el narco país, donde los bandos son cambiantes y cuya ideología hegemónica es el consumo. (p. 108)

Posteriormente, en un ensayo urgente que forma parte de toda una carrera dedicada al análisis de la violencia fronteriza desde una perspectiva de género, el investigador Héctor Domínguez Ruvalcaba aborda el complejo problema de las masculinidades construidas por y en el ejercicio de la criminalidad narco:

La relación entre sistema de género y violencia es intrínseca, por lo menos para el caso de las masculinidades desarrolladas bajo el influjo del mercado criminal, una de las expresiones extremas del neoliberalismo económico [...] Esta afirmación no implica que el ser hombre supone necesariamente ser violento sino que la violencia es parte de una cultura específica del ser hombre que se reproduce mediante mecanismos culturalmente sancionados, como las redes homosociales masculinas que sostienen el mercado ilícito. En la medida que se impone sobre los cuerpos prescriptivamente para ajustarlos a un inventario de características deseables, el género ejerce una violencia primordial en el terreno de la identidad. Me refiero específicamente a la masculinidad que se forma en la crueldad como un comportamiento aprendido. (p. 123)

En otro registro, la crítica literaria Cecilia M.T. López Badano realiza una sugerente comparación entre las narconarrativas de México, Colombia, Estados Unidos y Argentina y llega a la sorprendente conclusión de que hay diferencias marcadas entre ellas: mientras en México se hace hincapié en los aspectos socio-económicos que supuestamente causan la violencia, en Colombia se recurre a la picaresca convertida en “sicaresca”, además de que se suele realzar la participación de las “clases medias y altas, letradas” (p. 143) en el narcotráfico, y en Estados Unidos y en Argentina se relaciona el fenómeno de la narcocultura a la frontera como lugar otro y a la migración de extranjeros marginales, respectivamente. Por su lado, la filóloga y periodista Elena Ritondale trabaja el concepto de “juvenicidio” –acuñado por José Manuel Valenzuela para dar cuenta de que la violencia narco parte de, pero también afecta a, sujetos mayoritariamente jóvenes– y se centra en la crónica mexicana, ya que, según ella, “la crónica puede (aunque no siempre logre hacerlo) construir relatos diferentes, heterodoxos, debido principalmente a características ‘anti autoritarias’” (p. 171). Adicionalmente, el alemán Christian Sperling, usando la terminología de Giorgio Agamben, se concentra en cómo los migrantes centroamericanos en México son reducidos a nuda vida por la violencia que emana del narcotráfico y señala las similitudes entre estos procesos y otros eventos históricos de extrema violencia como, por ejemplo, el Holocausto:

Si revisamos la resignificación de la trayectoria del migrante [...] encontraremos elementos que reflejan un proceso en el cual el migrante entra en un espacio anónimo donde rige el estado de excepción, un proceso que culmina con su deshumanización y su aniquilación. Entre estos elementos reminiscentes del genocidio nazi, que resignifican la trata de los migrantes, se encuentran el despojo inicial de las pertenencias de las víctimas cuando entran al ‘campo’ llamado ‘patria’; la selección de los migrantes que ingresan al ciclo de explotación y aniquilación; la masacre de los restantes que no pueden ser transportados; el trabajo esclavo en un campo vigilado; la integración forzada de víctimas al grupo de los victimarios para cometer actos de violencia; el acto de quemar

Roberto Ponce Cordero

los cuerpos recurriendo a la mano de obra de las propias víctimas y a la pérdida del nombre de las víctimas. (p. 192)

Finalmente, la editora del volumen, Vásquez Mejías, contribuye a la reflexión sobre la narcocultura con un estudio comparativo de las “narcoseries” y de las telenovelas (el artículo está agudamente titulado “Los narcos también lloran”) en el que concluye que “aunque pareciera que no existe un contenido moral en estas producciones sí se muestra un descontento social profundo, una crítica mordaz respecto a la función que debiera cumplir un gobierno”, así como que “las narcoseries se vinculan al melodrama clásico y como tal cumplen una función moralizante; cuestionan nuestra propia responsabilidad respecto a lo que hoy es el mundo del narcotráfico” (p. 219).

*Narcocultura de norte a sur* no es ni quiere ser, entonces, un resumen o un compendio exhaustivo de todos los aspectos del fenómeno del narco, además de que no ofrece una definición con pretensiones de totalidad, pero ésa es, precisamente, su virtud: se trata de “Una mirada al fenómeno del narco”, que es uno demasiado nuevo, demasiado cambiante y demasiado complejo para poder ser aprehendido completamente y que, en cierto sentido, pone en crisis la posibilidad misma de la completa aprehensión. Como mirada fascinante y altamente productiva, no obstante, el libro editado por Vásquez Mejías sugiere nuevos espacios y nuevas búsquedas, por lo que constituye un aporte imprescindible al estudio de la violencia en general y de todo lo narco (literatura, cine, música, arte, etc.) en particular.